

MEJOR Y MÁS ÚTIL DE LAS ENSEÑANZAS

Ó SEAN

LAS SIETE PALABRAS

PRONUNCIADAS

POR

CRISTO NUESTRO ADORABLE REDENTOR

DESDE EL ÁRBOL DE LA CRUZ,

POR EL PRESBITERO

Don Valentín de Mascaró y del Hierro,

CAPELLÁN DE HONOR HONORARIO DE S. M. Y SUBDELEGADO
CASTRENSE.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

SEGOVIA.-IMP. DE ONDERO.

1888.

CLXXI
35
POR Y MAS ÚTIL DE LAS ENSEÑANZAS

LAS SIETE PALABRAS

PROMOCIONADAS

GRUPO EDITORIAL ARGENTINA EDITORIAL

DEBE EL ABADO DE LA CIUDAD

Don Valentín de Mascaró y del Hierro,

CAJILLA DE CORRESPONDENCIA Y SUBSCRIPCIONES
LA CIUDAD

Sig.: F 2371 IE

Tít.: La mejor y más útil de las ense

Aut.: Mascaró y del Hierro, Valentín

Cód.: 51035287



R. 67.259

2371

titul 27825

LA MEJOR Y MÁS ÚTIL DE LAS ENSEÑANZAS

Ó SEAN

LAS SIETE PALABRAS

PRONUNCIADAS

POR

CRISTO NUESTRO ADORABLE REDENTOR

DESDE EL ÁRBOL DE LA CRUZ,

POR EL PRESBITERO

Don Valentín de Mascaró y del Hierro,

CAPELLÁN DE HONOR HONORARIO DE S. M. Y SUBDELEGADO
CASTRENSE.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

SEGOVIA.-IMP. DE ONDERO.

1888.



LA MEJOR Y MAS UTIL DE LAS ENSEANZAS

O SEAN

LAS SIETE PALABRAS

PRONUNCIADAS

POR

ESTE NUESTRO AMABLE REDENTOR

DESDE EL ARDOR DE LA CRUZ

FORNIZADO

Don Valentin de Masard y del Hieto

CATEDRA DE HONOR HONORARIO DE S. Y SECRETARIO

CATEDRA



SEGUNDA IMP. DE OMBREO

1888



AL PIADOSO LECTOR.

Entrado ya hace años en la ancianidad y no permitiéndome mis achaques, por más que lo desée, continuar, como lo hecho por ocho años consecutivos en la Iglesia de Santa Eulalia, practicar de viva voz el piadoso ejercicio de las siete palabras, que el Divino Jesús pronunció en la Cruz, he creído conveniente dar á la prensa algunas de las muchas consideraciones que se agolpan á la imaginación del Cristiano, que con deseo de aprovechar, medita sobre este importantísimo asunto que podemos llamar la mejor y más útil de las enseñanzas.

Las consideraciones en este librito estampadas no son mías, están tomadas del Venerable y Eminentísimo Cardenal Belarmino y de los PP. Luis de la Puente y Andrade, todos de la Compañía de Jesús.

Yo te ruego pues, lector mío, por amor de Cristo Crucificado, que fijas en ellas tu atención y abriendo tu corazón á tan importante semilla, verás como ayudado de la Divina gracia, has de sacar de ellas frutos los más ópimos y sazonados.

Esto es lo que desea ardientemente el que con toda cordialidad te saluda,

V. M. H.

INTRODUCCIÓN A LA MEDITACIÓN

DE LAS

SIETE PALABRAS.

Como para ordenar toda meditación, es preciso recoger el espíritu y fijarle en un fin, en un punto determinado, necesario es piadoso Cristiano, formar ante todo lo que se llama la composición de lugar.

Figúrate que estás al pié del Monte Calvario, que allá en lontananza, en lo más culminante de aquella altura, unos hombres desalmados, ciegos de furor y de envidia y excitados por otros más criminales que ellos, están poniendo fin á la tragedia más lastimosa é injustificada que han presenciado los siglos.

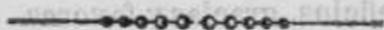
El ajusticiado es Jesús, el piadosísimo Jesús, el hijo inocentísimo de María, aquél que no había hecho otra cosa durante los treinta y tres años que estuvo sobre la tierra, que beneficios, gracias y favores.

Al mismo tiempo que este divinísimo Jesus, sanaba á los enfermos, daba vista á los ciegos, habla á los mudos y movimiento á los paralíticos, y volvía á la vida á los muertos, enseñaba y practicaba una doctrina tan Santa, tan pura y tan contraria á todo lo que es malo y

repugnante, que civilizando al mundo podría, si se cumpliera, convertir la tierra en un paraíso.

Y sin embargo ved como le tratan los hombres, entregado por un discípulo traidor, con un beso fementido después de mil acusaciones injustas, después de mil impías injurias, después de los más dolorosos y repugnantes castigos impuestos por Jueces venales y envidiosos es condenado á muerte por otro, que tímido y cobarde hasta lo imposible, después de conocer la inocencia de Jesús le impone un castigo infamante y lo entrega finalmente á las turbas, como quien arroja una presa á una manada de fieras hambrientas.

Este es Jesús, devoto cristiano, el que incansable en hacer el bien como Salvador, dió por nosotros toda su sangre en la Cruz, y como Maestro, quiso añadir á su santísima doctrina, tomando por cátedra el Sagrado Madero, siete palabras, siete lecciones, que nos enseñan cómo hemos de proceder con El, con nuestros hermanos y con nosotros mismos. Esta es pues la grande enseñanza, la más útil de las enseñanzas que entrañan estas siete palabras que vamos á considerar, sin olvidarnos que siendo éste un nuevo é innegable beneficio ¿quién sabe si será esta vez la última que podamos hacerlo?



PRIMERA PALABRA

QUE JESUS PRONUNCIÓ EN LA CRUZ.

Padre perdónalos que no saben lo que se hacen.—Venció la misericordia, devoto cristiano, venció la misericordia, victoria tanto más admirable y tanto más importante á la humanidad, cuanto más grande era el crimen que se estaba llevando á cabo.

No era el tormento de un hombre inocente y bienhechor al que injustamente se quitaba la vida, no era un rey tan bueno como el desgraciado Luis XVI al que se ajusticiaba, no, era mucho infinitamente más que todo eso, era Dios hecho hombre, era el Criador de todas las cosas, era la causa de todas las causas, era finalmente Aquel por quien somos y por quien vivimos. (*S. Pablo*).

Y por esto, como no hay ni puede haber jamás crimen como este crimen, se sublevó en aquel supremo momento la naturaleza entera; el sol se eclipsó, la luna se cubrió con un manto de sangre, las rocas se hicieron pedazos chocando unas con otras, los sepulcros se abrieron y todo lo existente

demonstró su horror ante tan singular espectáculo viendo morir á Aquel que da á todo la vida

Los Ángeles del cielo piden justicia y los demonios venganza, llenos de pena los primeros y de esperanza los segundos, porque creían que todos los hombres serían arrojados al tristísimo lugar á donde les precipitó su soberbia.

La humanidad estaba perdida, la expiación era inminente é inevitable, la espada de la Divina justicia centellaba ya en manos del ángel exterminador, un instante más y el mundo, el hombre y todas las cosas hubieran vuelto al caos y la grande obra de la creación, habría sido desecha; con la misma facilidad con que había sido levantada en merecido castigo de su monstruosa ingratitude.

Pero Jesús que estaba en la Cruz todo desfigurado y próximo á exhalar el último aliento y veía claro el crimen cometido por aquel pueblo al que había colmado de favores y que veía así mismo el castigo que le amenazaba, contiene la justicia de Dios, contiene el brazo del Omnipotente y levantando los ojos al cielo exclama *«Padre perdónalos que no saben lo que se hacen.»*

¡Qué misericordia, qué bondad piadoso lector, qué confusión para nosotros y qué lección tan importante para todos los que creen, aman y esperan en Jesús!

¿Y habrá en el mundo y principalmente entre cristianos hombres vengativos; habrá quien tenga odio y adversión á su hermano aunque le haya hecho la mayor ofensa?

¿Qué comparación pueden tener los mayores agravios que nosotros podemos recibir, con los que sufrió Jesús nuestro Divino Maestro?

Ninguna, devoto cristiano; ninguna; Jesús era Dios y nosotros hombres, Jesús era la suma bondad y jamás hizo á nadie otra cosa que beneficios, y nosotros somos malos, desagradecidos y pecadores y casi siempre, piénsalo bien lector amado, casi siempre somos nosotros los causantes de esas odiosidades, pugnas, guerras y enemistades, ora por nuestra intemperancia en el hablar; nuestra osadía en el obrar; nuestra ligereza y falta de caridad en juzgar mal de nuestros hermanos, sin pensar, en que quizás seamos nosotros peores que ellos y que en más de una ocasión, habremos cometido las mismas ó mayores faltas que ahora porque son de otro, tanto nos irritan.

Pues bien, ya lo sabes alma cristiana, no hay más camino para la gloria que la imitación de Jesucristo; todo aquel que no quiera perdonar á su enemigo, todo aquel que tenga odio y mala voluntad para con su hermano, su pariente, su vecino ó conocido, todo aquel que por una causa, ú otra

cualquiera que ella sea, quiera mal á otro no espere jamás, mientras conserve esos sentimientos de odiosidad y de indiferencia, tan contrarios á los de Jesucristo, no piense jamás, repito, entrar en el reino de los cielos.

Los judios, en verdad, no sabian lo que se hacian, pero nosotros sí que lo sabemos; y lo que en ellos fué un arrebató de envidia y odio con que hicieron más culpable su ignorancia, es en nosotros un acto voluntario, de la más repugnante malicia.

Vuestro genio, vuestras pasiones, las escitaciones del orgullo y las exigencias tiránicas del mundo, acaso se opongan á que estrechéis la mano de vuestro enemigo, pero oidlo bien, ni vuestro carácter, ni vuestras pasiones, ni las exigencias del mundo han de valeros nada en la presencia de Dios, por que escrito está, *con la vara que midieses, con esa serás medido* (Ev.º)

SEGUNDA PALABRA

QUE JESÚS PRONUNCIÓ EN LA CRUZ.

Hoy estarás conmigo en el Paraíso.—Considera devoto Cristiano cuán pronto empezó á dar fruto el árbol santo de la Cruz.

No sabemos que admirar más en este pasaje de la muerte de nuestro adorable Jesús, si el golpe de

gracia de que fué inundado este dichosísimo ladrón ó la bondad de Jesús en aquel penosísimo momento.

Este hombre, este ladrón afortunado, no conocía á Jesús, lo natural es, que por su vida errante no habría ni oído siquiera hablar de Jesús, no ve en El más que á un condenado; á su alrededor, oía como las turbas blasfemaban é injuriaban á Jesús, pero él lejos de participar de los sentimientos de aquellas gentes y sin hacerse cómplice de su desventurado compañero en el suplicio, tocado de la gracia y admirado de la mansedumbre, paciencia y bondad de Jesús, exclama con la mayor humildad *«Señor, acordáos de mi cuando estuviéseis en vuestro reino.»*

¿Qué es lo que pasó por este hombre, qué es lo que vió para que en un momento y cuando las circunstancias eran menos favorables, pusiera en práctica las virtudes más admirables de fe y esperanza tan fija y ardiente como si toda su vida la hubiera empleado en la devoción y recogimiento?

¿Cómo llama Señor á aquel que sufría un tormento que sólo estaba destinado á los esclavos más adyectos? ¿cómo conoció que era rey, cuando no veía á su alrededor ni corona, ni corte, ni vasallos ni un amigo siquiera que abogara por El?

Se explica que los Reyes Magos, como nos dice el Santo Evangelio, adoraran por Rey en Belén al

recién nacido Jesús porque la estrella que les guiaba, no siendo natural, debía de indicar algo de extraordinario, pero este felicísimo ladrón ¿cómo vió tan claro sin estrella, sin antecedentes y sin ningún dato que pudiera dirigirle en aquella confesión que hace de la divinidad de Jesús tan entera, tan sincera, pidiéndole nada menos que el reino celestial, puesto que no podía figurarse que le tuviera temporal el que se hallaba tan absolutamente abandonado?

¡Oh prodigio de la gracia! Mientras el Apóstol querido y amado de Jesús niega á su Divino Maestro, tan pronto lo ve preso y acusado en casa de Anás, intimidado ante una mujerzuela, que le delata por discípulo de Jesús. Mientras los que iban camino de Emaus fluctúan en el cumplimiento de las promesas del Señor; mientras un Santo Tomás no quiere creer en su gloriosa resurrección, sin introducir sus dedos en las llagas de su Santísimo costado, y todo esto después de haber sido testigos presenciales de sus milagros y recibido de El las más claras pruebas de su divinidad sacrosanta; ¿cómo este hombre le reconoce tan pronto? *«acordáos de mi cuando estuviéseris en vuestro reino.»*

No quiso el Santísimo Jesús, que una caridad tan ardiente, que una fe tan entera y una esperanza tan firme, quedaran sin la merecida recompensa y

así, volviendo hacia él la cabeza, le dice: «*En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.*»

Aprende aquí Cristiano, á temer y amar á Dios, porque si es tan pronto en premiar al bueno ¿quién te asegura, que no será tan ejecutivo para castigar al malo? ¿y qué sería de nosotros, si al cometer aquel pecado, al despreciar una santa inspiración, al pronunciar una de aquellas blasfemias, tan comunes por desgracia, y que hacen helar la sangre en las venas del que tiene la desventura de oirlas, qué sería de nosotros, si el Señor Omnipotente cortára el hilo de nuestra vida?

No olvides jamás, amado hijo mío, que dos fueron los ladrones que con Jesús estaban clavados en la Cruz, de estos dos colocados á la misma distancia de Jesucristo fuente purísima de la gracia y de salvación, el uno se salva y el otro se condena.

Lección importantísima, como dice S. Agustín, en la que se nos enseña la necesidad en que estamos de rechazar toda idea de presunción, soberbia, y toda otra de desesperación, que tan injuriosa es para Dios, que murió por todos, buenos y malos, por los primeros para que se hagan mejores y por los segundos para que se conviertan.

¿Y por qué, me preguntarás, estos ladrones tuvieron tan diferente suerte? ¿Crees tu hijo mío

que en Dios principio eterno de justicia, haya acepción de personas? Pues no es así, hijo mío; lo cierto, lo seguro y lo que nos enseña la católica y sana doctrina es que todos los hombres reciben de la mano bondadosa de Dios la gracia suficiente para su salvación.

Procura tú, piadoso Cristiano, ser del número de los que agradecidos á los beneficios del Señor, se hacen merecedores de nuevas y más espléndidas gracias, y si ahora sientes alguna inspiración, algún santo deseo de dedicarte más al Señor empleándote en obras buenas, no la deseches y míralo agradecido y practícalo, porque éste es un nuevo beneficio del cielo «¿quién sabe si te lo concederá mañana?»

TERCERA PALABRA

QUE JESÚS PRONUNCIÓ EN LA CRUZ.

Mujer he ahí á tu hijo, he ahí á tu Madre.—Si necesitáramos, devoto Cristiano mayores pruebas del amor que nos tiene Jesús después de haber muerto por nosotros en la Cruz, y después de haber instituido el Santísimo y adorable Sacramento de la Eucaristía en la noche misma de su Pasión, y en el acto de la cena Pascual que celebraba con sus Apóstoles, estas palabras que pronunció en la Cruz,

en un momento tan solemne, serían más que suficientes para demostrarnos su infinito amor é infinita misericordia.

Por la institución eucarística, se quedó con nosotros hasta la consumación de los tiempos, y en las palabras objeto de esta consideración, nos recomienda á su Santísima Madre para que nos recibiera por hijos en la persona de Juan, el discípulo amado.

El amor, dicen los libros Santos, es más fuerte que la muerte misma, y así es la verdad; ¿por qué? ¿qué pruebas podía dar mayores la Omnipotencia divina de su abrasado amor, que dar la vida por nosotros, quedarse con nosotros y darnos por Madre á la que es su Madre?

Nada ama el hombre tanto como su vida, su honra y su madre, pues estas tres cosas tan queridas pone Jesús á nuestra disposición en el momento supremo de su Santísima muerte.

Si el sacrificio de Jesús fué grande al pronunciar estas palabras tan tristes y tan amorosas, grande fué así mismo la bondad y caridad de María, que se digna aceptar por hijos, en cambio del hijo Dios que perdía, á los matadores y asesinos del amado de su corazón.

Pondera aquí hijo mío, cuan grave pecado contra la fe y contra la gratitud cometen aquellos

hombres obcecados que no solo no quieren reconocer, insensatos, en María la dignidad de Madre de Dios, sino que tampoco quieren acudir á ella como Madre de los pecadores, renunciando así voluntariamente con una ceguera digna de llorarse con lágrimas de sangre, la protección y amparo de la que es casi Omnipotente y después de Dios la más poderosa en la tierra y en el cielo.

¡Dichosos nosotros que hemos adquirido la Madre más santa, más cariñosa y poderosa que todas las Madres, pues es la Madre de Dios!

¿Quién dudará ya de su salvación? ¿quién desesperanza de alcanzar de Dios todas las gracias y virtudes, toda resignación en las adversidades y toda la templanza necesaria en la prosperidad? ¿si poniendo por nuestra parte lo que debemos, acudimos al amparo de semejante Madre? Considera piadoso Cristiano que la dignidad de hijos de María nos hace ser hermanos de Jesus, y si nos causa horror el impío Caín, que mató insensato, á su hermano el inocente Abel, evitemos nosotros todo pecado, principalmente el pecado mortal, el que según S. Pablo es tan grave en su malicia, que cometiéndole se vuelve á crucificar á Jesus y hacemos todo lo que está por nuestra parte por inutilizar los frutos santos de su sacratísima Pasión.

Llamemos pues á María en todas nuestras ne-

cesidades, porque debemos estar ciertos y seguros, de que acudiendo á ella con tierna y verdadera devoción; es imposible de todo punto que deje de favorecer á los que voluntariamente escogió por hijos, y siendo realmente nuestra Madre, es cosa sabida, que el amor de Madre es el Rey de todos los amores.

GUARTA PALABRA

QUE JESÚS PRONUNCIÓ EN LA GRUZ.

«Dios mio, Dios mio; ¿por qué me has abandonado?».—Grandes é inexplicables debían ser los dolores y angustias que padecía Jesus clavado en el duro y sagrado madero, cuando le obligaron á pronunciar estas palabras, que bien claramente nos muestran la fuerza de sus dolores.

El peso de su santísimo cuerpo, que no podía apoyar sobre los taladrados piés, las llagas de que estaban cubiertas sus santísimas espaldas, las punzantes espinas de la corona, que cada vez se introducían más y más, todo esto naturalmente, impidiéndole apoyarse de ninguna manera, hacía que se rasgáran más las llagas de las manos y la tensión de los nervios y tendones, y todo esto junto, le debían producir unos dolores tan agudos y tan terri-

bles, que sin estremecernos todos no podemos ni aún ocuparnos de ello.

Esto no obstante, lector piadoso, no eran estos espantosos dolores lo que más atormentaba á Jesús en aquel momento, no, porque aún cuando eran tan terribles y capaces de quitar la vida á todos los hombres del mundo juntos, juntos si á la vez, pudieran padecerlos, no eran ellos repito, lo que más agustiaba á Jesus.

Pensaba el divino Salvador, como tu debes pensar mi amado lector para evitarlo, pensaba y veía claro como Dios que era, que aquellas penas, que aquellos tormentos, que aquellas angustias de muerte, que pasaba por su amor al hombre, habían de ser pagadas con la más negra ingratitud, que habían de ser causa de mayor condenación para muchos cristianos, que sordos á los gritos de su conciencia, preferirían impíos, la satisfacción de sus pasiones á la debida correspondencia á tan costoso sacrificio.

¿Di hombre ingrato, nos preguntará Jesús cuando luego é inmediatamente de muertos nos hallemos en su presencia? ¿qué te movió á abandonarme á mi, que por ti sufrí tan espantosos dolores? ¿porqué abandonastes mi ley Santa, tan dulce y tan fácil de cumplir? ¿porqué preferiste unos vanos placeres que se acaban quizás antes que te apercibas de

ellos, unos placeres, que además del arrepentimiento, no llevan consigo más que dolores, amarguras, terribles desengaños, desgracias, disgustos, enfermedades y no pocas veces y siempre la vergüenza y la muerte.

¿Acaso te exigía que murieses en la Cruz como yo, que tu cuerpo sufriera como el mio, malos tratamientos, azotes y espinas? ¿qué te pedía que no fuera para tí sumamente conveniente y ventajoso?

Te pedía que fueras humilde para que no sufrieras las consecuencias siempre desastrosas, que trae consigo la soberbia; te pedía que amaras y perdonáras á tus hermanos las injurias que te podrían haber hecho, para que ellos te amaran á tí y más fácilmente perdonarian tus defectos.

Te pedía, que fueras casto para que libre del embrutecimiento y enfermedades que lleva siempre en pos de sí ese inmundo vicio, tu alma libre de esa vestial pasión, pudiera elevarse de la tierra y dirigir su límpida mirada al cielo.

Y te pedía finalmente que fueras agradecido á mis penas y amarguras y á los beneficios recibidos y á las promesas que te tengo hechas, ¿podía pedir menos á un corazón noble y generoso?

¿Pues siendo esto así, devoto Cristiano? ¿porqué abandonamos á Jesús?

No permitais Señor, que el que lea estas líneas

ni yo, el último de vuestros ministros os abandonemos jamás.

QUINTA PALABRA

QUE JESÚS PRONUNCIÓ EN LA CRUZ.

«*Sed tengo*».—En el orden natural, nada más admisible que la sed ardiente que sufriría el Divino Salvador en aquel momento.

Porque así como vemos á un herido en campaña ó á otro víctima de una de esas refriegas, que los hombres convertidos en tigres, sostienen entre sí, con pena y escándalo de todos los que abrigan sentimientos humanos y sobre todo cristianos, así como vemos, repito, que un herido gravemente se aumenta su sed á proporción que se desangra, de la misma manera puedes tu calcular, hijo mio, cual sería la sed de Jesús, que había derramado y estaba derramando por sus amorosas heridas su preciosa sangre.

Los azotes en el pretorio que pasaron de cinco mil, la corona de espinas, el peso de la Cruz, sus fatigas y últimamente las heridas de sus pies y manos taladradas, todas estas cosas aumentaron su sed, porque se convirtieron en otras tantas fuentes copiosísimas del agua de la salud mezclada con gracias de infinito valor.

Pero no era la sed natural la que más atormentaba á Jesús nó, la sed, era el afán de padecer más y más por nosotros, era la sed de que todos los hombres se aprovecharan de aquella Pasión Santísima, «*Sitio, sed tengo*».

Tengo sed del adelantamiento espiritual de todos los que creyendo en mí se afanen en demostrar su fé y reconocimiento arreglando sus vidas á las máximas que les he enseñado: *Sitio, tengo sed*, de que todos los hombres se conviertan, que todos contribuyan á extender la gloria de mi Padre y que todos sean agradecidos para que todos entren en el cielo por aquellas puertas que voy á abrir de par en par á un tan costosísimo precio: *Sitio, tengo sed*, de que desaparezcan para siempre del mundo los vicios y reinen las virtudes, que concluyan esas luchas violentas; ese ensañamiento con que los hombres sostienen sus ideas sin reparar en los disgustos, amarguras, guerras y desolación que llevan consigo esas contiendas, que sin producir bien ninguno de fundamento, causan infinitas desgracias.

Esto, amado hijo mio, esto todo junto, es lo que causaba la sed ardiente de nuestro amantísimo Jesús.

Pues bien, Salvador dulcísimo, vuestra sed de hoy se apagará.

¿Pues no veis como Dios que sois, que después de vuestra gloriosa resurrección y luego que triunfante hayáis subido á los cielos, mandaréis según vuestras promesas el Espíritu Santo sobre vuestros amados Apóstoles é inflamados por El saldrán por todas partes del mundo, cual torrente desbordado, á daros á conocer para que todas las gentes y todas las lenguas ensalzen vuestro nombre os alaben y bendigan?

Veréis á Pablo uno de vuestro más ardientes perseguidores, que una vez convertido, se ha de tornar en uno de vuestros más infatigables Apóstoles.

Y más adelante, amantísimo Jesús, veréis poblarse la Tebaida y espantosos desiertos, cerca de Belén, en las márgenes del Jordán, en la Siria y en todas partes poblarse regiones enteras de Santos y piadosos Anacoretas, que noche y día y sin cesar cantarán vuestra gloria, vuestras misericordias y piedad.

Y veréis á Benito, á Bernardo, á Bruno y á otros mil y mil reuniendo ejércitos numerosos de Santos que no se ocuparán de otra cosa que de vos, dulce Jesús; y vendrán luego Francisco de Asis con apiñados escuadrones de mendigos voluntarios por tu amor, y luego Domingo de Guzmán con sus fervorosos hermanos Predicadores.

Y más tarde Ignacio de Loyola con una tropa escogida de héroes incomparables que con el nombre de Compañía de Jesús, se ha de convertir en vanguardia del ejército de Dios, ante mural de la fe y martillo de la herejía, despreciando insultos, despreciando hablillas de personas inconscientes ó personas sin importancia, los odios y las persecuciones, que forman su corona, han de emplear todo su saber, toda su actividad y toda su vida en poner muy alto su lema escogido, *á mayor gloria de Dios A. M. D. G.*

Y veréis destacarse de ese valiente escuadrón jóvenes llenos de vuestro espíritu; veréis á un Francisco Javier, que abandonando todos los alagos del mundo, se arroja en mares desconocidos en tiempos en que la navegación era tan difícil é incierta, para buscar á vuestros hijos en la India, en la China y el Japón, y allí y en todas partes donde hubiera una alma que salvar.

Ya ves pues, amado lector, cual era la sed de Jesús, contribuyamos todos á mitigar esa sed, y los que no sean llamados á estender su gloria con la palabra, al menos con la práctica de una sincera devoción y el ejercicio de las virtudes edificarán con el buen ejemplo, que siempre ha sido y será la mejor de las predicaciones.

SEXTA PALABRA

QUE JESÚS PRONUNCIÓ EN LA CRUZ.

Consumatum est.—Sí devoto lector, *consumatum est*, todo está acabado, están cumplidas las profecías, Jesús ha pagado todas nuestras deudas y han sido rivalidados nuestros derechos, ¿qué más puede hacer por ti pueblo mio, que no lo haya hecho—(S. Juan).

Este *consumatum est*, esta palabra tan consoladora llenó de alegría al Cielo, los Angeles esperaban ya, no solo á los justos detenidos en el seno de Abraham si no que, los hombres agradecidos á grandes beneficios, se apresurarán á hacerse dignos de ocupar las sillas, que por su soberbia había perdido Luzbél y sus secuaces.

Esta palabra, llenó de ira y furor al infierno, porque sentía escapársele la presa que creía segura, una vez que el hombre era rehabilitado y podía espirar al cielo como antes del pecado de Adán, pues el divino Salvador había tomado sobre si todos los pecados del mundo.

Esta palabra *consumado está*, también hijo mio la hemos de oír nosotros, Dios sabe cuando, pero es cierto, es indefectible que la hemos de oír.

!Oh que desesperación para el hombre malo,

para aquel cristiano que ha vivido como un gentil, que ha vivido olvidado de Jesús y de su alto fin.

En aquella hora terrible, en la hora de la muerte, cuando vea á la luz de una débil candela, que débil y todo iluminará de repente, su vida, sus hechos, sus costumbres, sus ingratitudes y la suerte que le espera por toda una eternidad: ¡ah hermanos míos, como pedirá entonces un plazo aunque sea corto, un día, una hora para hacer penitencia, pero á él que ha abusado de la bondad del Señor se le contestará *consumatum est*; ya no hay tiempo, *Reddet mihi rationem vivificationis tuæ* (S. E.) dame cuenta de tus acciones ahora en el momento, pues los años los días que te se han concedido *consumati sunt*, se han acabado.

Por el contrario, esta palabra será de un consuelo sin igual, para el bueno porque se acabaron sus cruces, sus padecimientos, sus privaciones, sus penitencias, todo se acabó, ya no habrá ni temores, ni peligros, *consumatum est*, solo le espera el sabor inefable de aquellas palabras, venid benditos, (S. E.)

Y bien hermanos míos, comprendéis toda la importancia de esta palabra divina ¿queremos que este *consumatum est*, caiga como una pesada losa sobre nosotros, ó queremos más bien oirla con el júbilo y la Santa alegría que vá unida siempre á

una buena conciencia, en vuestra mano está, escoged.

SÉPTIMA PALABRA

QUE JESÚS PRONUNCIÓ EN LA CRUZ.

Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.—Importantísima bajo todos conceptos es la lección que Cristo Señor Nuestro nos dió en esta su santísima palabra, pues en élla nos enseña, como hemos de obrar cuando llegue el último trance de nuestra vida.

Aprendamos pues á acudir al Padre de todas las misericordias siempre y en toda ocasión, pero muy principalmente en aquel último momento del cual pende nuestra eterna dicha ó desgracia.

¿Habrá alguno, que viendo la muerte de Jesús deje para aquel instante de fatigas, de congojas y de amarguras sus últimas disposiciones y sobre todo el arreglo de su conciencia, que es lo más importante.

Piénsalo bien Cristiano, y mira á Jesús que dice: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

¿Pero qué espíritu era este que Jesús encomienda en manos del Padre? Era aquel espíritu, aquella alma santísima, criada por Dios y á la que juntamente con el cuerpo se unió el mismo Hijo de Dios, quedando así hecho hombre en el propio instante

de tan misteriosa y admirable unión; era aquella alma divinizada que por la muerte del cuerpo iba á separarse de él, pero tan pura, tan santa, tan inmaculada, como cuando se juntó con aquel santísimo cuerpo en el momento de su concepción en el purísimo seno de María. Era aquel espíritu, aquella alma llena de caridad, de misericordia y de heroísmo sin igual, bien patentes al curar Jesús al enfermo, al resucitar á Lázaro, al perdonar á Magdalena, y últimamente al sacrificarse por el hombre.

Y nosotros, hermanos míos, ¿qué espíritu, qué alma encomendaremos en manos de Dios? Querrá el Señor recibirla cubierta de tantas injusticias, de tantas profanaciones, de tantas injurias contra Él, de tantas manchas, en fin, con que la hemos contaminado después que en las aguas del Santo bautismo fué lavada y quedó limpia de la mancha del pecado original?

¿Qué uso hemos hecho de las eminentes potencias de esta alma, memoria entendimiento y voluntad?

¡Ah desgraciados de nosotros! que terrible cuenta nos espera, cuando oigamos decir aquellas palabras *redde mihi rationem* ¿qué hemos de contestar?

Espanta pensar en esto, y si no fuera por la bondad, la piedad y la generosidad del espíritu de Jesús

que hoy devuelve á su eterno Padre, ¿que sería de nuestro espíritu?

Pues bien, esto tiene que suceder y acaso más pronto que lo que pensamos, y es preciso que desde hoy, desde el momento en que leas estas reflexiones te acojas con humildad y confianza al espíritu de Jesús, que te esfuerces y hagas violencia para imitar á Jesús practicando todas las virtudes cristianas, pues éste y no otro es el medio seguro de que podamos entregar al supremo y misericordiosísimo Señor el espíritu que nos ha dado sin más fin de que alabándole y bendiciéndole en la vida presente, tengamos parte en los bienes incomprendibles que nos ha conquistado con su sangre preciosa para la futura.

EPILOGO.

He aquí, devoto Cristiano, las siete últimas palabras que Cristo nuestro adorable redentor, pronunció desde el árbol santo de la Cruz.

Medítalas, hijo mio, medítalas, mira que son palabras de vida eterna, mira que en el cumplimiento de lo que en ellas se nos prescribe está la mayor y más útil enseñanza, y de ella depende nuestra eterna salvación.

Considera: cuan digno es de nuestro más acendrado amor aquel Señor, que siendo Dios inmortal, y sin necesidad ninguna del hombre, pues su glo-

ria y felicidad estaba en sí mismo, quiso no obstante hacerse hombre y morir por el hombre con la muerte más ignominiosa y cruel que puede pensarse.

Con el amor que necesariamente han de encender en tu corazón si eres agradecido, estas reflexiones, brotará el amor al prójimo como hermano tuyo y como tu, hijo de Dios.

Y en tal concepto, no has de amar tan solo á tus parientes, amigos conocidos y paisanos, si no hasta tus más encarnizados enemigos, si los tuvieras, como hizo el Divino Jesús y nos dejó consignado en su primera palabra, *Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen.*

Hazlo así hijo mio, ama á todos en Jesús y por Jesús, duélete de todos tus pecados, que contra este mandato y contra todos los demás hubieres cometido en toda tu vida, porque por grandes y horrorosos que sean, como ofrezcas la enmienda y hagas todo lo que esté de tu parte para no volverle á ofender, está seguro que has de oír de sus lábios santísimos aquella segunda palabra *«hoy estarás conmigo en el paraíso.»*

Yo bien sé, piadoso Cristiano, que con las fuerzas del hombre nada podríamos hacer de provecho para la vida eterna, y ésto lo más fácil y hacedero, pero no olvides jamás, que la gracia divina y los méritos infinitos de nuestro amantísimo Jesús han de suplir ventajosamente lo que nos falta á nosotros en voluntad y decisión.

Querer es poder, hijo mio, y para que quieras pronto y bien, pide la protección de la siempre

pura, siempre santa, siempre misericordiosa María, que no sólo es Madre de Dios, sino que también, viendo Jesús cuanta necesidad teníamos de la intercesión de esta Señora, dijo en su tercera palabra, «*Mujer he ahí á tu hijo, he ahí á tu Madre.*»

Y que feliz serás piadoso lector, si una vez cubierto con el manto de semejante Madre, procurarás merecer cada día más y más su poderosa intercesión cuan fácil te se hará el camino de todas las virtudes.

Procura encerrar en lo más recóndito de tu corazón una verdadera y tierna devoción á María; no abandones jamás esos sentimientos piadosos de que por la misericordia de Dios está llena tu alma: evita toda comunicación íntima con todas aquellas personas que no sientan lo que tu sientes sobre este importantísimo asunto: mira hijo mio, que el Espíritu Santo, que es la suma verdad ha dicho y la experiencia nos enseña todos los días: *si cum Sanctis Sanctus eris, si cum perverso perverteris.*

¿Qué pena, alma cristiana, alligaría tu corazón si por condescendencias, si por respetos humanos y arrastrado del mal ejemplo perdieras la amistad de Dios, de ese Dios tan bueno y tan lleno de misericordia, que por ti y por mí y por todos dió su vida santísima?

No lo quiera Dios, y así será, si tu pones los medios para evitarlo, consiguiendo de esta manera que el Señor cuando ha de juzgarte no te repita severo aquellas palabras, que amoroso dirigió en la Cruz á su Eterno Padre «*Porque me has abandonado.*»

Pero no te contentes con ser tu bueno, piadoso cristiano, es preciso trabajar y hacer todo lo posible para ser mejor hasta la perfección, la que siendo el mayor bien que el cielo puede concederte; así lo hará si tu ardientemente lo deseas porque El ha dicho, *pedid y recibireis, llamad y se os abrirá.* (S. E.)

Hay más, devoto lector, amando tu mucho á Jesús, querrás naturalmente, que otros le amen; trabaja pues por su gloria, y ya que de otra manera no puedas, el buen ejemplo que des no lo dudes, impresionará á otras almas y de este modo contribuirás á extinguir aquella sed ardiente que tiene Jesús por la salvación de todos como nos lo demostró cuando pronunció aquella palabra *Sitio, tengo sed.*

Si estás resuelto hijo mio á seguir á Jesús por el camino de la Cruz una vez tomada tu resolución, ora todos los días y á toda hora para que el Señor que está lleno de misericordias no permita que vuelvas atrás de tu santo propósito.

Ya sabes, que dijo el Divino Salvador, que el que ha puesto la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no es acto para el reino de los cielos. (S. E.)

Debo antes prevenirme, que has de encontrar á cada paso peligros, dificultades, obstáculos, que te parecerá imposible vencer; has de encontrar desprecios, burlas y chanzas pesadas entre los propios y extraños.

No faltará quien te diga, que eres joven, que gozas de buena salud y que tiempo te queda de pensar seriamente en el negocio de tu salvación.

¡Qué error, hijo mio, qué error! el que te hable así, no, no es amigo tuyo, es tu mayor enemigo, es el enemigo de tu salvación el que habla por sus labios.

Te llama Dios hoy, pues no lo dejes para mañana ¿porque quien sabe si te volverá á llamar?

Una vez determinado á servir á Dios, prepárate para la guerra, está firme en el combate, que aunque largo, pesado y fuerte, mucha mayor ha de ser tu satisfacción, si á la hora de la muerte has sido fiel y te anuncia el Señor, la terminación de la guerra y la corona que te espera ganada con tus victorias, diciéndote amoroso *consumatum est*, ya se acabó el padecer, el sufrir, el esperar; *ven bendito de mi Padre, á gozar el reino eterno que tengo preparado para los que me sirven hasta el fin.* (S. E.)

Considera la alegría, la inmensa alegría, que inundará tu felicísima alma en aquel momento en que empieza la dicha inacabable.

Benditos trabajos dirás, benditas privaciones, bendita penitencia, benditos dolores, que me han proporcionado una fortuna, que no es ni remotamente comparable á todas las fortunas, que el hombre puede imaginar.

En adelante y por toda una eternidad sin fin, ya no habrá temores ni riesgos de ninguna suerte.

Bendito seais Dios mio esclamarás lleno de gozo, cuan misericordioso habeis sido conmigo, que me habeis hecho conocer, amar y apetecer tanto bien.

Aunque hubieras sido el hombre de más talento del mundo, aunque hubieras descubierto todos y

los más profundos secretos de la naturaleza, desde lo alto de las estrellas hasta los más hondos senos de la tierra ¿de qué te serviría en aquel momento tanto saber, tanto estudiar, tan gran papel como has representado, tantas consideraciones como te tienen las gentes por tu ciencia, por tus riquezas, que para nada te han de servir en aquel momento, principio de lo que ya no tiene ni término ni medida, *¿quid prodest homini si universum mundum lucretur animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo si su alma padece detrimento y se condena?

Dichoso tú, hijo mio, si despreciando todas las cosas del mundo, en tanto cuanto te separan del dichosísimo fin de que acabo de hablarte, puedes presentar al Divino Juez, tu corazón, tu alma y tus potencias sin mancha y sin doblez y empleadas todas y siempre en obrar el bien; ah entonces es cuando podrás decir lleno de confianza aquellas palabras que dijo Jesús: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

Ahora bien, hijo mio y para concluir oye mi consejo nacido de una larga experiencia: la causa primera de que no den resultados prácticos las lecciones que Cristo Señor nuestro nos dió antes y después de su crucifixión, la causa de nuestras caídas y de nuestros pecados, la causa porque el mundo hoy perdido miserablemente, haga tan poco caso de las eternas verdades y esté sumido en una deplorable indiferencia en asuntos religiosos, no es otra cosa que la falta de fé, si la tuviera imposible sería el que obrara como obra.

Procura pues tú si aspiras á la vida eterna, des-
echar de tu imaginación cualquier pensamiento que
contra la fé pueda surgir en tu mente.

Y así será hijo mio si procuras vivir siempre
arregladamente, pues nada entibia y apaga tanto la
fé como las malas costumbres, pues es un error y
grande el creer que se puede vivir como un gentil
haciendo alarde y llamándose cristiano. *Fides sine
operibus mortua est*, la fé sin obras es muerta, co-
mo dice San Pablo.

Dios haga que mis palabras hijas solamente de
mi buen deseo, impresionen lector mio tu corazón
y te resuelvas á seguir á Jesús, que tu hallarás
una recompensa á la que nada puede compararse.
Amen.



1,500 pl.